

**"YO NO VOY A ESTAR A LA MERCED DE NINGÚN IMBÉCIL":  
ROSARIO CASTELLANOS Y LAS DISPUTAS POR EL PODER CULTURAL**

*Maricruz Castro Ricalde\**  
Instituto Tecnológico de Monterrey-Toluca

*Para Gabriela Cano, por su desbordante generosidad.*

PALABRAS CLAVE: ESTUDIOS CULTURALES, ESTUDIOS DE GÉNERO, GÉNERO Y PODER CULTURAL, LITERATURA MEXICANA, ROSARIO CASTELLANOS

**La "homogénea" vida cultural mexicana**

Con amargura, Rosario Castellanos se lamentaba del ninguneo con que fue recibida la noticia del premio "Carlos Trouyet", concedido por el gobierno mexicano a su obra en 1967. Apareció la nota, *pequeñita*, perdida entre muchas otras noticias. Sin embargo, era en esos momentos la escritora más reconocida de la década de 1960 en su país, en una época en donde la literatura de las mujeres era casi ignorada, a pesar de que ya había sido publicada parte de la obra de otras escritoras tan valiosas como las de sus amigas Luisa Josefina Hernández, Guadalupe Dueñas y Dolores Castro al igual que las de Elena Garro, Josefina Vicens, Amparo Dávila e Inés Arredondo. Su constante participación periodística, durante ese lapso, en el medio impreso más leído de México (*Excélsior*), su desempeño en destacados puestos administrativos y académicos en la Universidad Nacional Autónoma de México (desde 1960 hasta 1966 fue Directora General de Información y Prensa de esa casa de estudios) y como embajadora en Israel, después, la convirtieron en una figura pública. Tuvo la

---

\* maricruz.castro@itesm.mx

oportunidad de que sus ideas sobre las injusticias que pesaban sobre las mujeres fueran escuchadas por el presidente Luis Echeverría en 1971, cuando conceptos como "equidad de género" apenas aparecían en algunos ámbitos académicos y ni siquiera eran mencionados por las instituciones oficiales.

Al ser incluida dentro del cuerpo diplomático del país, Rosario pudo haber formado parte de un engranaje que legitimaba la ausencia total de la autoridad intelectual femenina, al convertirla a ella en la excepción que confirmaba la regla. Los temas que aborda en *El uso de la palabra*, publicado por primera vez en 1974 y que reunió su obra periodística más reciente, abarcaba lo social, lo artístico y lo cultural. Su estilo recorre de puntillas el filo de lo políticamente incorrecto y con ello abrió derroteros y ahondó en otros que en los primeros años del siglo XXI siguen siendo leídos con la admiración que suscita su papel de precursora de los estudios feministas contemporáneos. Si bien nunca se confrontó de manera abierta con el Estado (el mismo que la nombró embajadora como antes lo había hecho con muchos otros escritores varones),<sup>1</sup> los artículos publicados en la prensa diaria eran lo suficientemente agudos como para que el lector se percatara de que, en sí mismos, constituían una especie de acto de fe hacia su honestidad intelectual.

La movilidad de Rosario Castellanos dentro de algunos de los ámbitos culturales más influyentes de México vela, de alguna manera, la realidad del panorama que se vivía en los círculos artísticos del país, durante la década de 1960. Como si fuera un gran grupo, homogéneo y cercano, los escritores de distintas generaciones parecían convivir sin ningún tipo de problemas, en los mismos tiempos y espacios. Así, sus escritos coincidían en algunos medios impresos, compartían casas editoriales, trabajaban en las mismas instituciones, asistían a conferencias y se encontraban en determinados cafés y restaurantes. Un análisis más cercano permite descubrir los constantes enfrentamientos, las permanentes disputas por el poder cultural que se traducían en qué tipo de obras literarias se aceptaban o se rechazaban, a quiénes se le concedían los premios y se promovía en los medios de comunicación. Las invitaciones que el gobierno mexicano extendía a unos y la exclusión de otros se comentaban con suspicacia y alimentaban animadversiones.

---

<sup>1</sup> Entre quienes representaron a México ante el extranjero cabe mencionar a Federico Gamboa, Amado Nervo, Enrique González Martínez, Efrén Rebolledo, José Rubén Romero, Alfonso Reyes, José Gorostiza, Rodolfo Usigli, Jaime Torres Bodet y Agustín Yáñez. El comentario se extendería mucho más si incluyéramos a quienes, sin haber sido embajadores, ocuparon cargos diplomáticos fuera del país como José Juan Tablada.

Por ejemplo, una prometida estancia de diez días con gastos pagados a Chile, para asistir a un homenaje a Gabriela Mistral, provocó ligeros roces entre Emma Godoy, Carlos Pellicer y Rosario Castellanos. Los tres habían sido convocados por un lamentable error de la Secretaría de Educación, la cual sólo disponía de dos plazas para el viaje. Finalmente, éste no se llevó a cabo.

Rosario intentaba permanecer al margen de algunos grupos literarios y evitaba exponerse al público si no era necesario: "Yo he descubierto que ver gente no es mi fuerte. No es que me agredan ni nada por el estilo, nadie lo ha hecho ni me ha contado chismes. Es que me aburre de una manera fuerte" (*Cartas a Ricardo* 279). Citas como la anterior han alentado una imagen ficticia de la escritora, a través de la cual se enfatiza su soledad y su ingenuidad,<sup>2</sup> alentadas por el personaje que ella forjaba sobre sí misma, mediante sus numerosos textos. Dice en el poema "Autorretrato":

Sé que es obligatorio escuchar música  
pero la eludo con frecuencia. Sé  
que es bueno ver pintura  
pero no voy jamás a las exposiciones  
ni al estreno teatral ni al cine-club.

Prefiero estar aquí, como ahora, leyendo  
y, si apago la luz, pensando un rato  
en musarañas y otros menesteres. (*Poesía no eres tú* 328)

Este fragmento puede dar una idea de los gustos y los hábitos de los integrantes de los distintos grupos intelectuales de la época, quienes estaban al tanto de lo que sucedía en los diversos ámbitos artísticos (la música, la pintura, el teatro, el cine). La pertenencia al grupo y a la inclinación por la inscripción en un espacio público de la primera estrofa transcrita contrasta con la soledad, la preferencia por la oscuridad y el alejamiento de los reflectores. Además, el 'yo' que habla en este poema se decanta por la lectura. Estas líneas dibujan, en una forma más o menos cercana, la tendencia de Castellanos a decidir, de acuerdo con sus aficiones y circunstancias personales, al margen de las modas o las expectativas en torno de una autora tan reconocida como ella. No obstante, el

---

<sup>2</sup> No es extraño leer comentarios como los siguientes: "Por compasión y admiración a la vida solitaria, ingenua y talentosa de Castellanos" (Galindo Ulloa 13); "Rosario Castellanos fue una solitaria, no es casual entonces que haya escogido la literatura como un medio de expresión, nacido de un deseo profundo de comunicación" (Ocampo 42-43).

‘Autorretrato’ configura un yo poético que no se corresponde, punto por punto, con la actuación de la propia escritora. (Castro Ricalde 122)

No todo se explica, sin embargo, con la construcción de sí misma como personaje. Si hubo periodos en los que decidió salir del país, evitar algunas actividades o no tomar decisiones drásticas en relación con su vida privada (por ejemplo, determinar el rumbo de su vínculo afectivo con Ricardo Guerra, a partir de las constantes infidelidades de quien fuera su pareja sentimental durante cerca de dos décadas), quizá podríamos interpretar el aislamiento y la candidez como actitudes útiles en esos momentos: tácticas necesarias para salir adelante en un contexto predominantemente masculino y patriarcal (contexto que retomaría en todos los géneros discursivos que practicó: novelas, cuentos, obras dramáticas, poesía, ensayos y artículos periodísticos).

Amiga desde sus años de estudiante, Dolores Castro se refiere, en cambio, a su acrecentado sentido del humor. Desde su adolescencia, "fue el centro de atención [...] Hacía patentes de debilidad, los falsos tonos dramáticos, las actitudes desmedidas" (14). Su supuesta soledad no correspondería al aura romántica con que suele rodearse a los artistas sino podría atribuirse, simple y llanamente, a situaciones que formaron parte de su vida y que la orillaron, intencionalmente o no, a recluirse. Por ejemplo, podría deberse a la tuberculosis que padeció e intentó curarse en Chiapas. A su regreso a la Ciudad de México, pocos se atrevían a ir a visitarla, temerosos por el contagio, y ella se sentía incapaz de pedir su compañía. Más tarde, cuando comenzó a vivir con Ricardo Guerra, solía ser absorbida por las actividades cotidianas de su ir y venir en familia, aspecto olvidado cuando no se problematiza la posición del individuo como un ser sexuado y sujeto de opresión, debido a su género. Recordemos que durante algunas temporadas se hizo cargo de los dos hijos que Guerra tuvo con la pintora Lilia Carrillo (Ricardo y Pablo) y de su propio vástago, Gabriel. Los primeros convivían mucho con su abuela materna, Socorro García, quien después de algunos intentos fallidos, se suicidó en 1967, aprovechando que todavía no había llegado Lilia con los ya adolescentes, quienes estaban, justamente, en la casa de Rosario. Tiempo más tarde, en 1974, Lilia también se quitaría la vida.

La correspondencia de la autora de *Mujer que sabe latín...* detalla los avatares de una señora que debe ir a pagar los servicios públicos de su casa o los seguros de los automóviles, que duda en la marca de coche más adecuada para sus necesidades, que debe encarar las deudas no liquidadas del marido contraídas en algunos de los almacenes más costosos de la época (High Life, El Palacio de

Hierro), la hipoteca de la casa de Constituyentes (vivió durante muchos años frente al Bosque de Chapultepec) e ir a cobrar los cursos y las conferencias pendientes; en suma, cumplir con los múltiples encargos del ausente Ricardo. A su vez, supervisa las reparaciones del refrigerador, la lavadora y la televisión, inscribe a los niños a la escuela, hace las tareas con ellos, prepara los cursos que imparte en la UNAM y los artículos periodísticos que publica, algunas veces, para sobrevivir ("Soy una pluma mercenaria", dice en relación con los escritos suyos editados en revistas como *La Capital*, *Dar* y *Libano en México*). Pero también aparecen en sus cartas, y con frecuencia, sus comentarios sobre los encuentros con sus colegas y amigos en el cine, comidas o cenas privadas. Si llega a la Ciudad de México alguna personalidad, Rosario es requerida por las instituciones que organizan tales encuentros.

Recordemos que desde sus épocas de estudiante, Castellanos no pasó inadvertida; por ejemplo, fue representante de los alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM entre 1946 y 1947. A partir de esos años estuvo ligada con quienes protagonizarían algunos segmentos de la vida intelectual mexicana. En distintas etapas de su vida fue muy amiga de las escritoras Dolores Castro y Guadalupe Dueñas, de sus compañeros de generación Jaime Sabines, Sergio Magaña y Emilio Carballido; Wilberto Cantón le habló de matrimonio y Augusto Monterroso la pretendió; a Raúl Ortiz estaría unida por un afecto filial hasta su muerte. No sólo por su vínculo afectivo con Ricardo Guerra, sino por ella misma, frecuentó a los pensadores Leopoldo Zea, Luis Villoro y Emilio Uranga. Las invitaciones para que asistiera a las conferencias de El Colegio Nacional o de la UNAM fueron constantes, casi tanto como las visitas que recibía de profesores, estudiantes o admiradores de su obra en el extranjero. A sus clases acudían curiosos, atraídos por las anécdotas que sus alumnos contaban sobre lo amenas que eran, las bromas con las que salpicaba sus análisis sobre autores y libros que acababan de ser publicados (*Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez, *Final del Juego* y *Rayuela* de Julio Cortázar, *Paradiso* de José Lezama Lima, *Adán Buenosayres* de Leopoldo Marechal, *La ciudad y los perros* de Mario Vargas Llosa, por enunciar unos cuantos).

Así, las palabras citadas previamente pueden leerse más allá de lo literal, pues también son numerosos los testimonios sobre su activa vida social y son cuantiosas las historias que la pintan como una conversadora excepcional, con una gracia sobresaliente para contar anécdotas y mofarse de sus propias pifias. El manejo de la ironía en su obra entraña un profundo conocimiento de este recurso poético y pone en tela de juicio que la ingenuidad fuera parte inherente de su personalidad.

Por lo tanto, sus observaciones alrededor de que la gente no era su *fuerte* se encaminan más a dibujar su rechazo hacia determinados eventos y ciertas actividades en donde pudiera encontrarse con quienes no simpatizaba. Su presencia, por lo tanto, en las recepciones de las embajadas y las ofrecidas por el gobierno mexicano, a partir de la segunda mitad de la década de 1960, indica una menor incomodidad hacia esos ambientes que la inspirada por otros círculos sociales. Su positiva relación con las instituciones culturales y, en concreto, con las que dependían del Estado fortaleció su imagen dentro y fuera de México, lo cual puede ser considerado como una táctica eficaz para sobrevivir en esos escenarios. Ser mujer y ser escritora eran condiciones que la ubicaban, de entrada, en una posición de desventaja en relación con sus colegas varones. En el video *Los imprescindibles. Siglo XX. Rosario Castellanos*, Silvia Molina advierte que su actuación fue una especie de punta de lanza que abrió las puertas de las editoriales a las autoras que vinieron después de ella. Se arriesgó, tuvo "más complicaciones para entrar en un mundo cerrado en donde los intelectuales, la mayoría de las veces, eran hombres".

En ese sentido, también fue la primera en ocupar un alto cargo diplomático, en una plaza tan agitada como la de Israel en esos años. La autora de *Oficio de tinieblas* llegó a ese país, cuando en meses anteriores Israel había ocupado el Líbano, suscitando protestas airadas en todo el mundo. Los agitados y constantes movimientos militares caracterizaron los años en que Castellanos vivió en Jerusalén. Después de ella, hasta el 2006, no se le había concedido ninguna embajada a escritora alguna y sólo se le han otorgado puestos de agregadas culturales a unas poquísimas creadoras reconocidas como la propia Silvia Molina y Margo Glantz.

Por otra parte, el estilo y las temáticas de la autora de *Balún Canán* constituían un continuo desafío para la crítica literaria (según dan cuenta las reseñas de la época, pero sobre todo la reticente opinión que se expresaba en los corrillos culturales sobre el valor de su obra). La *otra* mirada de sus textos activó tópicos poco o nunca frecuentados hasta el momento en las letras mexicanas, lo cual implicaba un descentramiento forzoso que fue molesto y suscitó acciones de resistencia hacia su producción artística. De aquí que la simpatía desplegada por el Estado, en la figura de quienes colaboraban con sus instituciones (y entre quienes se contaba Castellanos), funcionara como un "paraguas", como un emplazamiento que la cobijaba de los ataques, el ninguneo o el desprecio expresado por quienes pertenecían a otros grupos culturales.

## Mirar a Rosario con otros ojos

Las redefiniciones que se realizaron en torno al concepto de cultura, durante las dos últimas décadas del siglo xx, han influido en la apertura de nuevos derroteros o el reenfoque de los ya existentes, dentro del marco de las prácticas de la crítica literaria. Ésta se ha visto enriquecida con las propuestas de los estudios culturales, los cuales han traído a discusión tópicos excluidos o poco abordados en épocas previas: se debate sobre los cruces entre el análisis de los textos literarios y rubros como el mercado editorial, la literatura *light*, la formación del canon, lo *queer*, el género, la globalización y las industrias culturales, por mencionar algunos. La apertura del concepto "cultura" también ha propiciado un creciente interés por los textos de consumo popular y ha puesto en crisis nociones como las de las "bellas artes" y la "alta cultura", lo cual también ha provocado interrogaciones acerca de dónde provienen las jerarquías, las categorías y las nomenclaturas que asignan la posición de una obra literaria en relación con otras.

Este contexto permite revisar la obra de Rosario Castellanos y su papel en el ámbito de la cultura mexicana, durante la década de 1960 e inicios de 1970; periodo donde el Estado aún era uno de los protagonistas en la escena intelectual y era configurado ante la opinión pública, por algunos de los grupos literarios existentes en ese lapso, como una entidad anquilosada a la cual debería socavarse. A este panorama debe aunarse el que las políticas de género funcionaban de manera muy diferente a las actuales. Las particularidades de la obra de Castellanos junto con los matices que su personalidad le confería a la recepción de sus textos reviste su caso de gran interés. Por un lado, la abierta apuesta por las reivindicaciones que estaba haciendo suyo el segundo momento del movimiento feminista y que la artista incorporó desde su obra más temprana (aun cuando fue insoslayable en la última etapa de su escritura) se convertía en un reto tanto para los lectores como para los intelectuales que habían nacido y crecido al abrigo de una ideología tan patriarcal como la mexicana.<sup>3</sup> Los juicios se repartían: la mirada intimista y el tinte autobiográfico, "la honestidad al desnudo", constituiría para

---

<sup>3</sup> El primer momento del feminismo se centra en las reivindicaciones sufragistas y la lucha por conquistar la igualdad de los derechos políticos y ciudadanos. Durante la primera mitad del siglo xx, los principales esfuerzos se encaminaron hacia ello. En la década de 1960, las preocupaciones se dirigieron hacia la esfera privada, la identificación y el intento por subvertir las estrategias de denominación que prevalecen dentro del ámbito doméstico.

algunos "una limitante que vuelve la literatura subjetiva en exceso, hasta tal grado que el tono intimista queda asfixiado por la dimensión estrictamente individual de la experiencia", asevera Fabienne Bradu. Para otros, la dotará de "calidad humana" (86).

Antes de la chiapaneca, ninguna autora había tenido un poder tan real y tangible como el de ella; poder evidente con sólo recordar el nivel de acceso a foros públicos, políticos y mediáticos, que se traducía en la alta visibilidad aludida, y cuyo triste punto final lo hizo más notorio, al ser depositados sus restos materiales en la Rotonda de los Hombres Ilustres. Incluso, en la actualidad, son contadísimas las mujeres cuyos restos reposan en la hoy "Rotonda de las Personas Ilustres —uno de los panteones de la Patria de mayor relevancia desde su creación", según reza en el *Diario Oficial de la Federación* (junio 28, 2005). De hecho, con excepción de Castellanos, a las demás se les rindió ese homenaje años después de su muerte. Es el caso de la actriz Dolores del Río, la magistrada María Lavalle Urbina y la escritora (contemporánea de Rosario) Emma Godoy. También yacen ahí Ángela Peralta y Virginia Fábregas. Destaca tanto el escaso número como que tres de las únicas seis que descansan en ese sitio pertenecieran al mundo de la farándula. Este tipo de hechos habla de cómo la esfera pública contemporánea continúa ignorando o colocando en un sitio secundario los logros de las mujeres.

Su condición de mujer, por otro lado, la convirtió en un "token", en un caso de excepción, ampliamente aprovechado por el Estado mexicano, desde su Secretaría de Educación (primero con Jaime Torres Bodet como titular, luego con Agustín Yáñez a la cabeza). Algunos de los galardones que Castellanos recibió eran concedidos, directa o indirectamente, por instituciones amparadas por el gobierno estatal de Chiapas o el gobierno federal. Esta observación también puede ampliarse a la edición de libros como *La novela mexicana contemporánea y su valor testimonial* (publicada por el Instituto Nacional de la Juventud, en 1966), *Mujer que sabe latín* (auspiciada por la SEP, a través de la colección Sepsetentas, en 1974) y *El mar y sus pescaditos* (que apareció póstumamente, en la mencionada colección SepSetentas, en 1975). O bien, como promotora cultural del Instituto de Artes y Ciencias de Chiapas y del Instituto Nacional Indigenista (1957), en San Cristóbal de las Casas, y, finalmente, en su papel de embajadora de México en Israel, a partir de 1971 y hasta su muerte en 1974. Es decir, a través de distintas vías, la visibilidad de esta escritora, su reconocimiento e, incluso, sus modos de subsistencia tuvieron algún tipo de contacto con el Estado y sus instituciones.

La política social seguida por los presidentes mexicanos en turno, Adolfo López Mateos (1958-1964), Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970) y Luis Echeverría

Álvarez (1970-1976), era compatible con las temáticas sobre los indígenas, la mujer y la familia desarrollada desde su novela *Balún Canán* de 1957 hasta los cuentos de *Los convidados de agosto*, publicados el año de su muerte. Los discursos presidenciales en favor de los campesinos, en el caso del primero; el progreso y el crecimiento de las pequeñas ciudades, del segundo; y el tono populista de Echeverría que pugnaba por atenuar los evidentes desequilibrios económicos y sociales para lograr una mayor justicia social no estaban reñidos en lo absoluto con los tópicos desarrollados por Castellanos y mucho menos con su estilo claro y directo. César Rodríguez Chicharro observa que la actitud valiente y luchadora de los indios de su primera novela se debe, sobre todo, a que "Se sienten, por primera vez, protegidos por las autoridades, y especialmente por 'tata' Cárdenas [...] Y ello les da fuerzas y ánimos para combatir contra la opresión, contra el abuso de que han sido objeto hasta ese momento" (115). En una suerte de espejo, la autora percibe que el poco o gran respaldo brindado por sus amigos y conocidos desde las instituciones del Estado favorecerá la aparición de sus textos, propiciará que se discutan tópicos inéditos, le permitirá incluir situaciones y expresiones cotidianas en ellos. Su manera de escribir le permitió una comunicación más franca con sus lectores y la distanció del prototipo del escritor oscuro, de difícil acceso, ensimismado y alejado de los géneros de los que gustaba la masa lectora. Por el contrario, su último texto, la obra teatral *El eterno femenino* (representada por primera vez casi dos años después de su fallecimiento) "provocó cierta controversia entre los intelectuales y críticos literarios", pues era "una pieza de género popular" (Galindo Ulloa 33). En forma parecida, sus últimos poemas ("En la tierra de en medio", "Otros poemas" y "Viaje redondo") fueron calificados por José Emilio Pacheco como "vivos, polémicos, novedosos e iniciadores de un nuevo proceso" (8). La controversia, la polémica, la división de opiniones producida por sus escritos, por tanto, fueron el signo que la acompañó hasta después de su muerte.

La relación de Rosario con el Estado mexicano fue ambigua. Por un lado, era amiga personal o se expresaba con gentileza de algunos políticos en ejercicio que, a su vez, eran miembros del ya entonces polémico Partido Revolucionario Institucional (en ese entonces, dominando el panorama de la burocracia federal, estatal y municipal desde hacía más de tres décadas). Por el otro, aprovechaba tanto la pluma y su acceso a la tribuna pública como el peso de su opinión autorizada dentro de su círculo personal para criticar de manera abierta aquellos aspectos de la vida nacional que le parecían reprobables. Mediante distintos canales, ella hacía saber sus desacuerdos o sus asentimientos sobre el acontecer de su país. La estrategia que siguió, en forma consciente muchas veces y, muy posiblemente,

sin saberlo de manera cabal otras, divergían con las esgrimidas usualmente por las mujeres intelectuales de Latinoamérica: el autoexilio, el silencio, la discreción.

Su obra y su persona misma debieron haber producido una gran incomodidad en ciertos medios, aunque no la suficiente como para haber sido relegada o excluida del todo. Así, al rechazo, al poco aprecio por su escritura o al ninguneo del que fue objeto por parte de algunos grupos culturales, Castellanos respondió con la publicación de nuevos textos y su incursión en la prensa diaria, lo cual le dio una presencia constante ante los públicos más variados. Si no era bien recibida por dichos círculos, ella se amparaba bajo la autoridad del Estado y de su principal representante, Luis Echeverría, a quien le unía una sincera estima. Da fe de ello que, en el mismo mes de su muerte, la escritora preparaba un viaje a México, convocada por el mencionado ex presidente. Él le había pedido que asistiera a distintos actos y fuera la oradora principal en una reunión de mujeres intelectuales.<sup>4</sup>

Todo lo anterior despliega la relevancia de las condiciones materiales de la producción cultural, imposibles de ser soslayadas, en el caso de las mujeres que escriben en general, y de Castellanos, en particular.<sup>5</sup> El Estado mexicano activó sujetos y agendas para los cuales la figura de esta autora, lejos de ser incómoda, favoreció sus discursos y legitimó a sus instituciones. De todo esto, ella estaba vagamente consciente, según ilustraré más adelante. Sin embargo, podría verse su cercanía con las instituciones del Estado como una estrategia de resistencia, considerando el antagonismo que le exteriorizaba el poderoso grupo de intelectuales, con Octavio Paz y Carlos Fuentes a la cabeza.

### **"Octavio Paz no me quiere"**

Tal vez tenía suficiente con las turbulencias de su vida personal y las infidelidades de su siempre querido novio, marido y ex marido Ricardo, pero no se sentía a gusto con el equivalente periodístico de las tertulias sociales. Sostuvo con vehemencia: "A mí me dan náuseas cuando me encuentro con el diario íntimo de Carballo y con los chistes privados de Piazza" (*Cartas a Ricardo* 221). Se refiere a

---

<sup>4</sup> Esto lo refirió quien fuera la actriz protagonista de *El eterno femenino*, con quien Castellanos discutió el proceso de la pieza teatral (Galindo Ulloa 34-35).

<sup>5</sup> Sobre este tema puede consultarse la obra coordinada por Mabel Moraña y María Rosa Olivera-Williams, en la que se analizan las "intersecciones entre género y Estado, género e intelectuales, y género y literatura" (12).

Emmanuel Carballo, quien publicaba en el suplemento "Diorama de la cultura" del *Excélsior*, su "Diario público", en el cual ventilaba algunas polémicas de la época, revelaba posibles plagios de escritores, ventaneaba los errores de los demás, daba a conocer chismes del medio cultural, hablaba de sus lecturas y sus amigos.<sup>6</sup>

En cuanto al rechazo de Castellanos hacia Luis Guillermo Piazza (escritor argentino avecinado en la Ciudad de México y asiduo asistente a las tertulias y los cafés de la Zona Rosa) podía haberse debido a la insistencia del escritor por enfrentar, implícitamente, a la literatura letrada con la literatura oral. Una muestra de ello fue cómo describió a Gabriel García Márquez, en su novela *La mafia*, poco tiempo después de que hubiera publicado *Cien años de soledad*: "un novelista colombiano folclorizante". Por su parte, Rosario la leyó "con deleite atroz" y dijo de su autor: "de golpe y porrazo se convierte en uno de los novelistas de primera fila en cualquier parte" (*Cartas a Ricardo* 291).

Es evidente, pues, la polarización existente en el medio cultural mexicano sobre tópicos centrales para la literatura: la naturaleza de sus temáticas, sus modos de expresión, el enclave del artista en su medio, el compromiso del escritor con la sociedad. Los mecanismos de Rosario para distanciarse de esta velada disputa se traducían en su ausencia o su presencia en determinados foros, en portarse bien y, en sus palabras, ser "muy decente" y "no dar lata" al sistema político mexicano. Prefiere ver "lo que pasa desde la barrera", en una actitud más cercana al estereotipo femenino, en cuanto a un supuesto intento por evitar cualquier confrontación. Su obra y las palabras vertidas en sus cartas revelan que, en realidad, aprovecha las estrategias de las víctimas no sólo para sobrevivir en un medio machista sino también para continuar ocupando un plano sobresaliente en la vida cultural del país.

En forma paralela, es tan consciente de esta soterrada guerra, que atribuye la concesión del premio "Carlos Trouyet" a su obra, en 1967, a un intento de Agustín Yáñez, Secretario de Educación desde 1964 hasta 1970, por "parar a Carlos Fuentes y a la ola de niños mafiosos que están creciendo como espuma y que no le son adictos" (*Cartas a Ricardo* 294). No puede explicárselo a través de otra vía: su libro más reciente lo había publicado tres años antes. En vida, su obra ni se vendía ni se reeditaba como lo sería años después de su muerte.

---

<sup>6</sup> Como dato curioso, la recopilación de esos textos, reunidos en un libro que lleva el mismo título de la columna de antaño, le permitió obtener a Carballo el Premio Mazatlán de Literatura 2006.

El galardón de marras provenía de las arcas del magnate Carlos Trouyet, quien a principios de la década de 1960 era director de 42 compañías y presidente de 19 de ellas (fue una especie de Carlos Slim, el empresario más poderoso de esa década). La ocasión en que lo recibió Rosario Castellanos ascendía a una cantidad muy respetable en aquella época: 50 mil pesos, con los cuales podría haber comprado 25 televisores o pagado 25 mensualidades de su hipoteca. Ella misma admite que no hubo jurado y que fue la voluntad de Yáñez la que inclinó la balanza.

La escritora no era inmune a las críticas, a pesar de sus intentos de insensibilizarse ante "tantas pequeñeces", según le escribe a Ricardo Guerra. En su correspondencia, desliza información sobre el medio cultural mexicano y sus palabras pintan la volubilidad del grupo de amigos del autor de *La región más transparente* ("la mafia encarnada en la trinidad Piazza-[Carlos] Monsiváis-[José Luis] Cuevas ha excluido a Fuentes porque, claro, no es de la altura de ninguno de ellos"). Con regularidad, en sus conversaciones, niega ser sujeto de algún tipo de agresión, pero escribe comentarios de la siguiente naturaleza: "Alguien quiso comenzar a insinuar algo y lo paré en seco. Yo no voy a estar a la merced de ningún imbécil de ningún tipo. Y mis amigos son mis amigos y a los demás los respeto mucho pero a distancia porque pinchan" (*Cartas a Ricardo* 297).

Elena Poniatowska comparó el bajo perfil de Rosario con la alta visibilidad pública de algunas figuras que le precedieron: Diego Rivera, José Vasconcelos, Jaime Torres Bodet, quienes "hacían estallar granadas de colores en todas las plazas pueblerinas" (*¡Ay vida, no me mereces!* 79). Y cómo no contrastarla con el protagonismo de Frida Kahlo o la excentricidad de Guadalupe Marín. Además, si ubicamos su producción a finales de la década de 1950 y principios de 1960, cuando los miembros de la Generación del Medio Siglo brillaban por todas partes, organizaban actividades de lo más variadas, eran audaces, experimentales, provocadores, es posible comprender la razón por la cual fue presa de los comentarios que, en voz baja e insistente, se vertían sobre su obra: era "considerada inferior, 'caserita', simple, fácil de hacer a un lado [...] [sus novelas] son calificadas de grises, oscuras, apocadas" (80). De ella decían que era "localista", "provinciana", que "sólo hablaba de indios", comenta el poeta Juan Bañuelos. Juicios como los de Emmanuel Carballo, expresados en 1964, avalarían esa perspectiva: "No puede decirse, en cambio, que [su prosa] sea la más hermosa, la más significativa ni la más innovadora" (500). Haberse atrevido a traducir a Emily Dickinson y a St. John Perse levantó las críticas más ácidas, al conocerse su regular dominio del inglés. La opinión de Carballo, palabras más, palabras menos,

era similar a la del autor de *El laberinto de la soledad* ("Octavio Paz no me quiere", aseguraba Castellanos) y la de Carlos Fuentes, con quien el ensayista había fundado en 1955 la influyente *Revista Mexicana de Literatura*. El desprecio se propinaba, por igual, a la obra y a la persona: ¿qué huella habrá dejado en Rosario la noche en que Fernando Benítez ofreció una cena en su honor y no llegaron los invitados?

Podría realizarse una lectura un poco más simple de lo anterior, al identificar, en forma más o menos clara, la existencia de varios grupos culturales y dos que dominaban: éstos representaban a la "vieja" y la "nueva" guardia de la década de 1960. A la primera pertenecerían Rosario y su generación (Sabines, Magaña, Carballido, Ermilo Abreu Gómez e, incluso, Efraín Huerta). A la segunda, Octavio Paz y algunos de los fundadores y colaboradores de la *Revista Mexicana de Literatura* (como Fuentes, Carballo, Monsiváis). Continuando con esta simplificación, la vieja guardia se inclinaría por una vertiente más sentimental y coloquial, menos interesada en trabajar el lenguaje y más por situar en la escena literaria temas y sujetos ligados a la cotidianidad y los márgenes. Tendrían un acercamiento mucho mayor al poder institucional. Los segundos serían más *exquisitos*, inclinados a cultivar la experimentación formal, a estar en contacto con nuevas propuestas artísticas, sin importar de qué disciplinas provinieran o en qué lengua se expresaran. Serían simpatizantes de la izquierda revolucionaria y funcionarían como la conciencia de un régimen gubernamental corrupto y proclive a cooptar a los círculos de intelectuales, de los cuales ellos estarían distanciados.

Planteado así, daría la impresión de que la añeja discusión entre nacionalistas y cosmopolitas volvía a dividir la cultura en México. En realidad, la problemática es mucho más compleja. Por un lado, como parte de la "vieja" guardia también se consideraba a los novelistas de la Revolución mexicana (Agustín Yáñez, Martín Luis Guzmán, Mauricio Magdaleno) y de la "nueva", a varios miembros (pero no a todos) de la Generación de Medio Siglo. Por ejemplo, Elena Poniatowska y Sergio Pitol se acercaban a Castellanos y ella tenía muy buena opinión de ellos. Por sus temáticas "populares", los sujetos de sus historias y la sencillez de su lenguaje, Poniatowska podría haber sido alineada en las filas de la autora de *Ciudad Real*. No sucedió en aquel momento. Por otro lado, entre los mismos jóvenes artistas, había subgrupos que se reacomodaban, según el momento y las circunstancias. A la corriente "rigurosamente cultista", como la llama José Joaquín Blanco, también pertenecerían Jaime García Terrés, Tomás Segovia, Alí Chumacero y Rubén Bonifaz Nuño, quienes admiraban a Paz y alternaban con él. En cambio, los jóvenes de la llamada "Espiga Amotinada" (Juan Bañuelos,

Eraclio Zepeda, Óscar Oliva, Jaime Labastida y Jaime Augusto Shelley) frecuentaron a Rosario y a Jaime Sabines, seducidos tanto por el origen común (Chiapas es el suelo natal de Bañuelos, Zepeda y Oliva) y la llaneza de su trato, como por la admiración hacia su obra. José Agustín propone otra composición que complementaría el panorama anterior:

Con Benítez y Fuentes también se hallaban varios escritores, que a la larga vinieron a componer el sector conservador-intelectualista del grupo: Juan García Ponce, Juan Vicente Melo, Tomás Segovia, Salvador Elizondo, José de la Colina, Sergio Pitó. Por su parte, Poniatowska, Monsiváis, Pacheco, Carballo, Luis Guillermo Piazza y María Luisa Mendoza formaron el "sector popular". Las dos corrientes eran la planta baja, pues en la alta (o planos himaváticos) moraban Paz, Benítez, Fuentes, Jaime García Terrés y Ramón Xirau. El grupo de *La Cultura en México* también disponía de *La Revista Mexicana de Literatura*, y pronto se adueñaron del medio intelectual y ganaron muchos adeptos leales porque representaban la vanguardia intelectual y artística, lo-más-avanzado-en-el-país. (205)

Pita Amor, hipotéticamente, estaría más vinculada con el ámbito de Castellanos, al ser considerada (por el grupo contrario) como la voz poética de la clase media desde el periodo alemanista y López-camachista; en realidad, era más cercana a Paz (se reunían a tomar el café, con regularidad, junto con Lilia Carrillo y Manuel Felguérez, pareja de la pintora en esos años). O bien, cuando en 1968 Elena Garro proporciona la famosa lista de intelectuales que, según su hipótesis, instigaban el movimiento estudiantil, poco importaron las simpatías y las diferencias existentes: eran incluidos Rosario Castellanos, Luis Villoro y Leopoldo Zea junto con Paz, Carballo, Monsiváis y Eduardo Lizalde, que en apariencia pertenecían al otro grupo cultural.

"Ella padeció, ninguneada en los medios culturales por gente que generalmente era hartamente inferior a ella. Resentida contra la *intelligentsia* mexicana, en sus últimos años buscó en otros espacios el respeto y el reconocimiento que el medio cultural le negaba" (236), explica José Joaquín Blanco. La mirada de Blanco refleja esa visión tan extendida de blancos y negros, de polos opuestos permanentes. Esto no describe con fidelidad el contexto de la época, según hemos expuesto. Había varios ámbitos, de naturaleza heterogénea, en donde Rosario era bien recibida, mimada y depositaria de premios (además del Carlos Trouyet, el Villaurrutia, el Sor Juana Inés de la Cruz, el Elías Sourasky). Las críticas de las que fue objeto, por publicar en

revistas "femeninas", ser "adulada y condecorada" por ellas, amplía Blanco (fue nombrada "La mujer del año" por la revista *Kena*), iban en pos de restarle autoridad a su pensamiento, a través del viejo recurso de menospreciar la cultura de masas y, en especial, la relacionada con el ámbito de lo "femenino".

### El ¿único? mérito de Rosario

Hoy, la imagen de Rosario Castellanos parecería de una sola, favorable, pieza, según retratan los múltiples artículos escritos sobre su persona en México y el extranjero, trabajos terminales para optar por todos los grados académicos, la publicación de sus cartas, su tesis de maestría y su obra completa. El levantamiento armado del EZLN en 1994 propició que sus textos fueran releídos a la luz de los nuevos acontecimientos y se habló hasta el cansancio sobre su vigencia. En vida, no obstante, no gozó de esa homogeneidad, en lo que a la recepción de su obra se refiere.

La resistencia hacia la escritura de Rosario Castellanos y su importancia en el panorama de las letras mexicanas fue encubierta, reconociendo sus méritos como pionera de las causas feministas, una vez fallecida. Se priorizó más la relevancia de las temáticas abordadas y su repercusión en el ámbito de lo social, que su aportación desde una perspectiva estrictamente literaria. Y aun esta observación debe ser matizada, pues los textos asociados con el llamado "ciclo indigenista" la ubicaron en una línea en la que, desde algún lugar, se decidió que todo había sido dicho, una vez publicados *El llano en llamas* (1953) y *Pedro Páramo* (1955). Frente a éstos, los de ella se antojaban próximos al realismo objetivista de la novela etnográfica y con menos recursos estilísticos. Parecería que prevalecía más un juego de simulación que un interés sincero por el tópico de las minorías, en esa época en donde la reivindicación de los grupos indígenas formaba parte de las políticas gubernamentales y el discurso circulante promovía su desarrollo. Por ejemplo, mientras que en 1957, en el suplemento *México en la cultura*, se predijo: "*Balún Canán* —Comitán— será una de las mejores novelas publicadas este año [...] contribuirá, sin duda alguna, al conocimiento de la vida indígena de Chiapas", el poeta Juan Bañuelos recuerda: "Rosario padecía muchas agresiones por su simpatía hacia los indios y me enseñó lo que ellos representaban, su cultura, la riqueza de su lengua, su cosmovisión, su mitología, sus expresiones cotidianas tan poéticas, que fui anotando, como ella, en libretas" (Leyva/Pulido). Lo que es cierto es que después de Rosario no ha habido ninguna voz que, en

forma tan enérgica, sistemática y coherente, aborde este tópico. Sus protagonistas, sostiene César Rodríguez Chicharro, no son "los indios sumisos, torpes, sufridos, que aparecen en las más de las novelas indianistas e indigenistas, sino que ahora luchan, y a brazo partido, por sus fueros" (115). A partir de la década de 1960, los indígenas son los grandes ausentes en el panorama literario mexicano.

Por su lado, los libros de cuentos *Los convidados de agosto* (1964) y *Álbum de familia* (1971) fueron posteriores a *Balún Canán* (1957), *Oficio de Tinieblas* (1962) y *Ciudad Real* (1960). Aquéllos inauguran un derrotero en las letras mexicanas que tampoco le fue reconocido a Castellanos al unísono, al adjudicársele el crédito completo a Carlos Fuentes como el descubridor de la clase media urbana. Esta clase social y su extensa galería de personajes (la recién casada, el homosexual, el marido macho, la solterona, la familia de provincia que debe adaptarse a los nuevos usos y costumbres de la ciudad) proponen sujetos y temáticas que siguen asombrando por el poder de síntesis y capacidad descriptiva de una época y una sociedad. En su lugar, la estrategia fue arrinconarla en el reducto de la voz institucional, dada su simpatía y agradecimiento hacia la pareja presidencial de Luis Echeverría y Esther Zuno.

Para Castellanos hubiera sido más fácil darse por vencida. Haciendo un balance parecería haber acumulado más condiciones adversas que propicias: la insatisfacción permanente sobre los resultados de su trabajo literario, las veleidades de su matrimonio, la coordinación de su complicada vida doméstica, su inseparable insomnio, su adicción al valium, el rechazo de ese sector cultural que iba ganando cada vez más espacios, una gran inseguridad personal en una época en donde ser una mujer pensante entrañaba un dilema. Y con todo, la evaluación la favorece al analizar el valor y la diversidad de sus aportaciones: la creatividad ejercida al frente del Teatro Petul, su particular plasmación del mundo indígena, sus ensayos en torno de la situación femenina, la introducción de temas novedosos en su prosa, sus intentos por renovar algunas formas poéticas (dominaba con maestría las técnicas de la versificación y era éste uno de los principales argumentos para empequeñecer la relevancia de su poesía), su participación como diplomática, su incansable labor como profesora de literatura.

La atención que el premio Carlos Trouyet trajo a Rosario Castellanos no fue tan irrelevante como ella supuso en un inicio. Una semana más tarde, ella misma corregiría su impresión primera y hablaría de una "apoteosis nacional". No se sentía como vocera o emisaria oficial, pero asevera Poniatowska que la "asimilación que el estado hizo de su persona, es la que los jóvenes le reprochan" (*¡Ay vida, no me mereces!* 130). Los juicios sobre su amistad con algunos funcionarios

del gobierno mexicano deben tener en cuenta que poco influyó en su espíritu combativo y en su ética personal. En los artículos que publicó en *Excélsior*, admite haber sido "de lo más agresiva contra campañas gubernamentales como esa preciosa que están haciendo contra la pornografía" (se había recogido material "pornográfico" de los puestos de periódicos). Cuenta haber comido con el procurador, "encargado de velar por la pureza de las costumbres [...] y de una mochería con bendición de la mesa antes de comer y todo" (*Cartas a Ricardo* 310, 315). En su poema "Memorial de Tlatelolco", también denunciaría el silencio de los medios de comunicación ante la matanza del 2 de octubre de 1968, la eliminación de los documentos en donde se hablara de los desaparecidos, los muertos, los culpables ("No hurgues en los archivos pues nada consta en actas") y pediría luchar contra el olvido "hasta que la justicia se siente entre nosotros".

Es posible que la poeta no le diera gran importancia a las implicaciones de haber aceptado colaborar en la revista semanal *La Capital*, a pesar de estar enterada de qué grupo político respaldaba la publicación, según consta en su correspondencia. Encabezada por Alfredo Kawage Ramia, ambicionaba ser la versión mexicana del *The New Yorker*. Era un secreto a voces que había surgido con el fin de promover la candidatura presidencial del regente del Distrito Federal (de "la capital" del país), Alfonso Corona del Rosal, y que el dinero para sostenerla fluía desde las oficinas de ICA, la empresa constructora más poderosa de México, agradecida por los favores del político aspirante. La publicación fue efímera, pero mientras duró, Rosario encontró en el pago de sus colaboraciones un alivio para la economía doméstica (Ricardo Guerra estaba, en ese entonces, en Puerto Rico y además de haberle encargado a los niños, también le había encomendado sus deudas). Para una clase intelectual "comprometida", algunos de cuyos miembros gozaban de un nivel económico desahogado y con una postura de claro rechazo al régimen priísta, a Rosario le "habían llegado al precio". No tuvo que transcurrir mucho tiempo para comprobar la inexactitud de esos juicios: el favorecido para ocupar la silla del Poder Ejecutivo de la nación fue Luis Echeverría Álvarez, quien no debió haberse tomado tan a pecho el paso de la escritora por *La Capital*, a juzgar por su trato siempre gentil hacia ella.

A fin de cuentas, tal vez era, precisamente, la cercanía con el poder lo que no le perdonaban a Castellanos: el no permanecer en un decoroso segundo plano, tal y como correspondía (¿corresponde?) a las escritoras; el acaparar los reflectores mediáticos, gracias a los reconocimientos públicos, mediante las entrevistas concedidas a periodistas como Jacobo Zabludovski, a través de sus artículos en las revistas de moda; el no bajar la guardia y, a pesar de sus esfuerzos, no pasar por

una intelectual cándida o despistada. Sus palabras se escucharon, enérgicas, audibles, plenas de ironía, en un tono que no simulaba ser la voz del pueblo o de la intelectualidad más rancia. Su figura, por lo tanto, cuestiona el modelo tradicional que ubica a los intelectuales "dentro" o "fuera" del poder. Si casi todos los miembros de la Generación de Medio Siglo o personajes como Octavio Paz blasonaban, orgullosamente, su independencia del Estado y afirmaban sus posiciones en el exterior del círculo oficial, nuestra escritora mantuvo un pie adentro y otro más allá de tal círculo. Intentó preservar su autonomía y su mirada crítica tanto como evitar asfixiarse con el denso aire patriarcal de uno y otro ámbito. Para ello, se valió de distintas estrategias: en lo que a su escritura se refiere, alternó los contenidos de sus artículos periodísticos, abordando tanto temas en abstracto como otros que acababan de acontecer y, por lo tanto, más comprometedores, al tener que expresar una posición respecto de ellos: la píldora anticonceptiva, el control de la natalidad, las estrategias del INI, la guerra entre Israel, Líbano y Siria, la inmigración hacia Estados Unidos, por mencionar unos pocos. Buscó una manera de subsistir materialmente, trabajando en la UNAM durante casi dos décadas y escribiendo para periódicos y revistas. No tener que ser mantenida por un varón o por el Gran Varón, el Estado, contrarrestó una de las más grandes limitaciones que la mujer vive, a consecuencia de las imposiciones a su género. Tampoco es posible perder de vista otras variables que obraron en su favor como los privilegios de su origen socioeconómico, la posesión de un título académico de posgrado, las relaciones entabladas dentro y fuera del mundo universitario.

Con todo, fue más eficaz su actuación dentro del sistema o en la periferia del mismo que estando totalmente fuera de él (como lo era la posición de algunos de los autores que tanto la criticaban) o enclaustrándose (estrategia seguida por otras escritoras como Elena Garro). Gracias a esto, su discurso tuvo más oportunidades de ser escuchado y ser legitimado; pudo también incursionar en espacios vedados o de difícil acceso para todas las demás autoras de su tiempo. Quizá lo anterior pudiera reducirse a un problema de legibilidad ("Naturalmente, no supimos leerla", reconoció José Emilio Pacheco). Dentro del sistema social y los distintos grupos culturales, la presencia de Rosario no terminaba de encajar. La *autorización* oficial para que hablara de los temas relacionados con los indígenas y el feminismo, la legitimó ante ciertos sectores y terminó por desacreditarla frente a otros. Los mismos que luego reconocieron en ella su única, postrera, virtud, a costa de la minimización del valor intrínseco de su quehacer literario.

**Obras citadas**

- Blanco, José Joaquín. *Crónica de la poesía mexicana*. 3ª ed. México: Katún, 1981.
- Bradú, Fabienne. "Rosario Castellanos (1925-1974)." *Señas particulares: escritora. Ensayos sobre escritoras mexicanas del siglo XX*. México: FCE, 1987. 86-100.
- Carballo, Emmanuel. "Rosario Castellanos." *Protagonistas de la literatura mexicana*. México: Porrúa, 1994. 499-511. [Sepan Cuántos 640]
- Castellanos, Rosario. *El uso de la palabra*. México: Excélsior, 1975.
- . *Cartas a Ricardo*. 2ª ed. corregida y aumentada. México: CONACULTA, 1996.
- . *Poesía no eres tú*. 3ª ed. México: FCE, 2001.
- . *Sobre cultura femenina*. Pról. Gabriela Cano. México: FCE, 2005.
- Castro, Dolores. "Evocación y poesía." *Homenaje a Rosario Castellanos. Cuadernos de Literatura 4*. México: Universidad Iberoamericana, 1985. 13-18.
- Castro Ricalde, Maricruz. "De la literatura al cine: de 'El viudo Román' a *El secreto de Romelia*." *Rosario Castellanos. De Comitán a Jerusalén*. Eds. Luz Elena Zamudio y Margarita Tapia. México: Tecnológico de Monterrey/UAEM/CONACULTA-FONCA, 2006. 113-126. [Desbordar el canon]
- Galindo Ulloa, Javier. *La farsa y la mujer mexicana en «El eterno femenino» de Rosario Castellanos*. México: CONACULTA, 2004. [Sello Bermejo]
- Agustín, José. *Tragicomedia mexicana 1. La vida en México de 1940 a 1970*. 2ª ed. México: Planeta, 2002.
- Los imprescindibles. Siglo XX. Rosario Castellanos* [video]. Dirigido por Ana Cruz. México: ILCE/Cal y Arena, 1999.
- Leyva, José Ángel y Begoña Pulido Herráez. "Juan Bañuelos: La palabra: Nudo de tres vientos." *Jornal de poesia*. <<http://www.revista.agulha.nom.br/bh25banuelos.htm>> 28 de marzo de 2006.
- "México en la cultura." *Autores y libros 440* [suplemento dominical]. *Novedades*: México, 25 agosto. 1957.
- Moraña, Mabel y María Rosa Olivera-Williams. Eds. *El salto de Minerva. Intelectuales, género y Estado en América Latina*. Madrid: Iberoamericana-Veurvert, 2005.
- Ocampo, Aurora. "Rosario Castellanos y la mujer mexicana." *Homenaje a Rosario Castellanos. Cuadernos de Literatura 4*. México: Universidad Iberoamericana, 1985. 37-51.

**Maricruz Castro Ricalde**

- Pacheco, José Emilio. "Rosario Castellanos o la rotunda austeridad de la poesía." *Vida literaria* 30, (1972): 8-11.
- Poniatowska, Elena. "Rosario Castellanos. ¡Vida nada te debo!" *¡Ay vida, no me mereces!* México: Joaquín Mortiz, 1986. 43-132.
- . "Del 'Querido Niño Guerra' al 'Cabellitos de Elote.'" *Las siete cabritas*. México: Era, 2000. 123-143.
- Rodríguez Chicharro, César. "Rosario Castellanos. *Balún Canán*." *La novela indigenista mexicana*. México: Universidad Veracruzana, 1988. 112-121. [Cuadernos del CILL]

D. R. © Maricruz Castro Ricalde, México, D. F., enero–junio, 2008.

RECEPCIÓN: Mayo de 2008

ACEPTACIÓN: Agosto de 2008